

DOMINGUEZ MORANO Carlos

LA ALTERIDAD DIFUMINADA

Reflexiones en los tiempos de los "vínculos.com"

*Un intenso egoísmo protege contra la enfermedad;
pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar*
S. Freud.

La posmodernidad pretende ser una modernidad sin ilusiones. Pero este proceso de "des-ilusión" que habría que valorar muy positivamente en cuanto liberación de los engaños del pasado moderno, ha generado también una situación "desilusionada" y desconfiada respecto a cualquier tipo de proyecto colectivo que pretenda aglutinar voluntades. Y de ahí también, a una exaltación del individualismo y a un acrecentamiento de las dimensiones más narcisistas de la personalidad que operan como una gran dificultad para la creación de vínculos. La alteridad está difuminada.

Uno de los rasgos que caracterizan la mentalidad post-moderna es, en efecto, el del rechazo ambiental existente respecto a cualquier tipo de ideal o proyecto transformador. Han pasado los tiempos -se nos dice- de las "Grandes Palabras". El clima que respiramos es el de un desencanto generalizado frente a lo que fueron las grandes promesas de tiempos pasados, como fueron los de la razón, el progreso, la revolución, o, incluso, la democracia.

Como señala G. Lipovetsky, pasó la época conquistadora que creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica. Ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo.

Todo ello conlleva una gran dificultad para experimentar compromisos, la apertura a la realidad, la relación y el vínculo. Porque el valor supremo ya no es lo que nos supera, sino lo que encontramos en nosotros mismos. Poseer una capacidad para comprometerse supone, ciertamente, disponer de una aptitud para abrirse a la alteridad trascendiendo el encapsulamiento narcisista infantil del que es testigo todavía el adulto inmaduro, el neurótico o, sobre todo, el psicótico. Todos ellos encuentran una dificultad más o menos seria para salir de su propia realidad mental, entrar en contacto, descubrir la alteridad y poder, por tanto, comprometerse con algo que no sea su propia interioridad magnificada.

Parece, en efecto, que pasaron ya los tiempos de las mayúsculas: el "Pueblo", la "Revolución", la "Amnistía", la "Democracia" o la "Libertad", hasta la droga parecía estar impregnada de «mayusculidad» en los lirismos que se entonaron en torno al L.S.D. El hecho es que pocas mayúsculas nos restan en estos tiempos de desencanto, si no son las que se apropian la literatura del corazón y el deporte. Basta asomarse a la pantalla de TV para constatar hasta qué punto esto es así.

El hecho es que en nuestra sociedad occidental se han multiplicado de modo inimaginable las posibilidades de elegir y, al mismo tiempo, se van viendo escandalosamente reducidas las capacidades para comprometerse, para vincularse con las personas, las ideas, los proyectos o las instituciones. Nunca, en efecto, tuvimos a nuestra disposición tantas posibilidades para optar en todos los terrenos de la existencia. Desde la de elegir una pareja según nuestra opción afectiva más singular (asunto que si bien hoy nos resulta como lo más evidente y natural, no nos debe hacer olvidar que durante siglos la pareja era elegida en función de intereses económicos o políticos de la familia), la de elegir una carrera universitaria u otra (las universidades han proliferado y las posibilidades y ofertas económicas para ingresar en ella acabaron con la determinación de un oficio señalado de avance desde las limitadas posibilidades familiares), hasta la de renunciar a la pareja ya elegida mediante la separación o el divorcio o la de cambiar de trabajo u ocupación según los intereses y circunstancias del mercado socio-laboral. Elegimos desde pequeños nuestros juguetes, nuestra indumentaria, nuestras comidas, conforme a una oferta que se multiplica progresivamente, unas posibilidades económicas que así lo facilitan y una mentalidad que privilegia ante todo lo subjetivo, lo singular y lo propio.

La glorificación de la individualidad.

En su ensayo sobre el individualismo moderno, el mismo Lipovetsky nos hace ver que a medida que se desarrollan las sociedades democráticas avanzadas, éstas encuentran su inteligibilidad a la luz de una lógica nueva que es la lógica de personalización. Una nueva lógica que no cesa de remodelar con profundidad el conjunto de los sectores de la vida social. Hay una ruptura con las etapas democráticas-disciplinarias, universalistas-rigoristas, ideológicas-coercitivas y un proceso de personalización paralelo. Positivamente, este proceso corresponde a la elaboración de una sociedad flexible, basada en la información y la estimulación de las necesidades y la asunción de los "factores humanos", en el culto a lo natural, a la cordialidad y al sentido del humor. Surgen nuevos procedimientos y legitimidades sociales: valores hedonistas, respeto por las diferencias, culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor y a la sinceridad, al psicologismo, a la expresión libre, al despliegue de la personalidad íntima, la legitimación del placer, el reconocimiento de las peticiones singulares, la modelación de las instituciones sobre la base de las aspiraciones de los individuos. El ideal de la subordinación de lo

individual a las reglas colectivas ha sido pulverizado y el valor fundamental ahora es el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable, aunque paralelamente asistamos también un proceso imparable de homogeneización.

Pero como de modo lúcido nos ha hecho ver P. Bruckner (aunque impregnado quizás de un exceso de pesimismo), ese proceso de personalización ha traído también unos efectos bastante preocupantes. Liberado de la tradición y la autoridad, el individuo post-moderno experimenta el vértigo de tener que justificar ante los otros ante sí mismo su propia existencia. Si el triunfo de la modernidad fue el de liberar al individuo del peso de una tradición y una autoridad que le encorsetaba y oprimía, esa libertad concedida se le han convertido así en un regalo envenenado: a cada uno le incumbe la tarea de construirse y de encontrarle un sentido a su existencia. Liberado de cualquier obligación que no se haya asignado él mismo, sucumbe bajo la carga de una responsabilidad virtualmente sin límites. Así, pues, esa libertad concedida y no conquistada cae sobre nosotros como una ducha helada: estamos condenados a ser individuos que eligen, condenados a la libertad, en la expresión de Jean Paul Sartre. Y puesto que este estatuto es tanto un derecho como un deber, el individuo tenderá a olvidar sus deberes y a esgrimir sus derechos y no parará de pisotear esta libertad que le exalta tanto como le estorba.

Todo parece desembocar en el sentimiento de que el mundo tiene que funcionar al modo de una madre omnipotente y nutricia que esté ahí para nosotros sin que nosotros tengamos que estar en función de nada. El estado del bienestar es concebido como un estado providencia, porque yo -como reza buena parte de la publicidad- "me lo merezco todo". Y no soy responsable de nada: si se me produce un cáncer por fumar, la culpa la tienen las tabacaleras y si tengo sobrepeso, se responsabiliza a los Mac Donalds (existen ya denuncias en ese sentido). La sociedad del bienestar está ahí para nosotros, sin que nosotros tengamos que estar para ella.

Libre de todo y libre para nada, el infantilismo y la infelicidad amenaza al individuo contemporáneo. Vive desgarrado entre una necesidad de creer y una dificultad para eso mismo. De ahí que -como afirma Bruckner- el individuo de hoy se convierte en un apóstata profesional, en el nómada de los transfugismos permanentes, que en el transcurso de una única vida es capaz de abrazar y de abjurar de montones de fes e ideas, mediante unas adhesiones tan efímeras como intransigentes.

Como muy bien nos recordó José A. García, la gran aportación del individualismo moderno radicó en el hecho de que el ser humano dejaba ya de verse pre-definido y encerrado en un orden fijo de las cosas del que ni era posible ni estaba permitido escapar (se era como se nacía, noble o pobre, con una legitimación, además, en la voluntad divina). De igual

modo, el individualismo moderno nos liberó también de la esclavitud de la objetivación, de la carencia de subjetividad, proporcionándonos la capacidad de entrar en contacto con nosotros mismos, de cultivar el mundo interior, de definir la propia vida desde ahí y no ya desde normas pre-establecidas.

Pero, sin duda, estos logros trajeron otros efectos, a modo de cruz de esa cara liberadora. La autonomía y la subjetividad se absolutizaron, de modo que el subjetivismo se convirtió en el único criterio de verdad, de valor y de moralidad. Y, paralelamente, el individualismo fue creando una espesa niebla alrededor del sujeto que le ha ido dificultando cada vez más la percepción de la alteridad. Hay una desimplicación, egolatría, autoafirmación al margen o en contra de los demás. Una incapacidad de trascenderse hacia los otros, en ese repliegue, "des-amorado" y triste. Se olvida así que autenticidad y responsabilidad han de complementarse necesariamente y que "ser uno mismo" es inseparable de "responder a", porque, de hecho, no hay autenticidad sin responsabilidad ni lo contrario. Si me recibo de los otros, me vuelvo agradecido a los otros y el agradecimiento se transforma en responsabilidad y la responsabilidad en hábito.

La espesa niebla del narcisismo.

Pero el hecho es que hemos llegado a una situación en que la que -como muy bien afirma Lipovetsky- la crispación neurótica de otros tiempos ha sido sustituida hoy por la "flotación narcisista": algo, pues, que está en el aire sociocultural y del que, al parecer, todos respiramos. Asistimos, ciertamente, a un apogeo del narcisismo hasta el punto de que éste pueda ser considerado con razón como la patología arquetípica de nuestro tiempo. El valor supremo ya no es lo que nos supera sino lo que encontramos en nosotros mismos. Y ello significa en primera instancia que vivimos una especial dificultad para la apertura a la alteridad, para la relación, para el contacto y, por tanto, para la constitución de auténticos vínculos.

Desde hace 25 o 30 años, afirma Lipovetsky, los desórdenes de tipo narcisista constituyen la mayor parte de los trastornos tratados por los psicoterapeutas. Mientras que las neurosis "clásicas" del siglo XIX, histerias, fobias, obsesiones ya no representan las formas predominantes de patologías. Los síntomas neuróticos que correspondían al capitalismo autoritario y puritano han dejado paso bajo el empuje de la sociedad permisiva a los desórdenes narcisistas, imprecisos e intermitentes. Efectivamente, la crispación neurótica ha sido sustituida por la flotación narcisista.

La glorificación de la individualidad ha dado paso a una "revolución interior", un inmenso "movimiento de conciencia", un culto a la intimidad, un entusiasmo sin precedente por el conocimiento y la realización

personal con toda una importante y significativa proliferación de técnicas "psi" y prácticas orientales. La sensibilidad política de los años sesenta ha dado paso a una "sensibilidad terapéutica". Antiguos líderes contestatarios abandonan su combate para seguir detrás un gurú en la búsqueda de su interioridad.

El "Yo" se ha convertido en la nueva tierra de promisión. Se trata de acometer una búsqueda interior, consagrarse al autodescubrimiento que dé lugar a un sistema de valores personal. Ello requiere una exploración de todas las capacidades vitales a través de toda una serie de experiencias que conducen a la autorrealización, al desarrollo de las potencialidades del propio ser, al logro supremo de la autoestima. Se encumbra lo místico, lo emocional, lo esotérico y lo oriental. Todo es válido, desde el Zen al Tarot, desde el peyote o la mescalina a la terapia gestáltica o el eneagrama. Es la liberación de lo convencional y vacío de la realidad social.

Y se habla, se habla mucho de uno mismo. Hay casi una compulsión comunicativa, pero al faltar de modo tan esencial la captación de lo más profundo de uno mismo, ese hablar se torna vacío y alborotado. Es una expresividad gratuita, con una primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado. Se da una especie de indiferencia por los contenidos y donde, en muchas ocasiones, el emisor queda convertido en el principal receptor. Se trata, pues, del ejercer el derecho y el placer narcisista de expresarse para nada, para sí mismo, pero con un registro amplificado por un "medium". Comunicar por comunicar, expresarse sin otro objetivo que el mero expresar y ser grabado por un micrófono público. Ilustrativo es a este respecto el programa nocturno radiofónico de tanto éxito en España y que se llama, justamente, "Hablar por hablar". Como bien señala Lipovetsky, el narcisismo descubre aquí como en otras partes sus convivencias con la desubstanciación posmoderna, con la lógica del vacío.

Este narcisismo, sin embargo, no es asimilable a una estricta despolitización. También es equiparable de un entusiasmo relacional, que origina una proliferación de asociaciones, grupos de asistencia y ayuda mutua. Los encontramos de todo tipo ya que se caracterizan por ser colectivos con intereses miniaturizados, hiperespecializados que dan lugar a agrupaciones de viudos, de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, de tartamudos, de feos, etc. Se trata de la solidaridad del microgrupo. De modo que, junto a la retracción de objetivos universales, emerge el deseo de encontrarse en confianza con seres que compartan las mismas preocupaciones inmediatas y circunscritas. Una versión más del narcisismo colectivo, en el que los sujetos se juntan porque se parecen y porque están sensibilizados con los mismos objetivos existenciales.

Pero esta exaltación del Yo, derivada de la glorificación de la individualidad, trae consigo también una dinámica de agresividad y

violencia, de la que estamos constatando manifestaciones muy preocupantes. El Yo glorificado no admite límites. La alteridad se difumina y deja de situar al sujeto en un lugar y espacio delimitado desde el que relacionarse. El Yo se expande sin freno ni cortapisa con toda esa dimensión devastadora que posee deseo infantil. Y cualquier limitación que se le imponga se va a experimentar como una violencia y una agresión intolerable. El respeto que necesariamente surge de la conciencia y la valoración de la alteridad no encuentra un lugar en esa dinámica expansiva del deseo infantil. Y de este modo, cualquier persona o institución que pretenda limitar la aspiración de la propia singularidad, podrá ser motivo de agresión y violencia.

Por poner tan sólo un ejemplo que ilustre tal situación, nos podemos referir al hecho del progresivo ambiente de hostilidad y violencia que se experimenta en el ámbito escolar. Si la figura del maestro fue en otros tiempos representante social de un ideal que contribuía, desde el ámbito de la educación, a configurar, limitar y organizar el deseo; hoy día esa figura se ha convertido en una especie de buco emisario que, como representante de un ideal que limita, desencadena la agresividad manifiesta y hasta la misma violencia física. Más allá de la problemática específica que esta situación pone de relieve en el ámbito escolar, nos encontramos con un síntoma que manifiesta una clara patología del sistema social.

Las raíces de esta dinámica se podrían ilustrar también con las manifestaciones xenofóbicas crecientes de nuestra sociedad, así como con la exacerbación de nacionalismos radicales y excluyentes (sean vasco, catalán, gallego o español, que por interiorizado éste último, pasa con frecuencia desapercibido para muchos). El otro, el diferente me pone en peligro y parece amenazar mi pretensión de superioridad y exclusivismo. Como se podría pensar igualmente en la determinación de este estado de cosas en la terrible progresión del maltrato en la pareja. No se le puede conceder al otro, en este caso, a la otra, la dignidad de la alteridad que necesariamente pone límites y cortapisas a la imposición absolutista del deseo del macho.

El deseo errático.

Desde esta situación en la que la espesa niebla del narcisismo impide la percepción de la alteridad, el deseo parece extraviarse en un remolino dislocado, carente de orientación y destino. Vivimos en una especie de seducción del caos, tal como M. Patino tituló su sugerente película (1991).

Son muchos los elementos sociales que hoy parecen propulsar la dinámica histórica en los modos de relación y comportamiento. Si ya no encontramos tan fácilmente las manifestaciones de las histerias de conversión en cegueras o parálisis o en los grandes ataques histéricos, hoy la histeria se camufla en otros modos de "espectáculos" en los que la

intención del deseo permanece intacta: la seducción, el exhibicionismo, la necesidad de la mirada del otro, de reducirlo a ser tan sólo un ojo que confiere la existencia. Cultura de la seducción aparatosa en la publicidad, del espectáculo público, de la exhibición perversa. Nunca se había llegado a tanto en la manifestación pública de los rincones más recónditos de la intimidad. Se pregonan en los programas televisivos o en las revistas del corazón. Somos convertidos así en personajes que entran a formar parte de ese montaje escénico que la histeria monta para su realización.

Se tiende a un desapego emocional en las relaciones con objeto de evitar todo riesgo de inestabilidad, decepción o pasión descontrolada que provoque algún tipo de sufrimiento. Sin compromiso profundo, se esquivo la posibilidad de sentirse vulnerable. Como se intenta también "enfriar el sexo" (cool sex) para evitar, de ese modo, el posible tormento de los celos o del ansioso afán de posesividad. La perversión se hace manifiesta cuando el sexo pasa a ser pura y exclusivamente mercancía, materia desgajada del componente subjetivo y personal. En ese caso la alteridad es completamente anulada para convertir el cuerpo en puro objeto de placer, donde no rija ley, norma ni límite alguno. El aumento de la pornografía infantil, de la trata de blancas, del turismo sexual, del cibersexo al que luego nos referiremos, etc., pone de manifiesto que cada vez más el sexo se convierte en artículo disponible para todos, al margen de cualquier norma o consideración ética, en las infinitas redes y posibilidades de las que hoy dispone el mercado.

Es lo que T. Anatrella ha querido poner de manifiesto en una obra (El sexo olvidado). Anatrella argumenta contra una sexualidad que se ve presionada por el medio sociocultural a desentenderse de sus dimensiones afectivas profundas. En esta sociedad, supuestamente "liberada", lo perverso y lo sádico se imponen conduciendo a una paradójica negación y olvido del sexo que angustia y conflictualiza. Se han valorizado las conductas impulsivas que estancan al sujeto en lo narcisista y en la búsqueda edípica del objeto incestuoso perdido. De ese modo se obstruye la apertura al otro en su libertad y su diferencia.

Lo que, en realidad, se ha liberado -piensa Anatrella- es la sexualidad infantil, viniendo a convertirse en modelo la sexualidad adolescente. El sexo se ha separado de la sexualidad, olvidándose el hecho de que ni el sexo que niega el amor ni el amor que niega el sexo pueden hacer vivir a un ser humano. La liberación sexual ha dado a entender que ya no había sujeto de pulsiones, sino simplemente, pulsiones a satisfacer y se ha ido imponiendo como modelo una sexualidad sin auténtica relación con el otro.

En definitiva, se levantan barreras contra las emociones y las intensidades afectivas que son flores o frutos de la fuerza del deseo. De ese modo se acrecienta la dificultad para sentir la empatía en la relación con el otro, para llegar a reconocer lo que los otros sienten, para captar sus

características propias y sentirse conmocionado con lo que en ese otro puede tener lugar. Todo ello, además, como en la histeria, con una gran dificultad para experimentar sentimientos de culpa, porque la misma fragilidad del Yo se resiste a ello.

Y si en la histeria encontramos una dificultad de fondo para asumir la diferencia de sexos, también en nuestra cultura se percibe con claridad la añoranza por lo bisexual, por lo indiferenciado, por la eliminación de las formas y perfiles que marquen la diferencia. Allí, donde todavía no hay diferenciación sexual, se fantasea el estado de fusión primitiva a la que la histeria aspira eliminando la alteridad con la que solo cabe un vínculo desde la aceptación de la distancia y la diferencia.

Paralelamente, hay que tener en consideración que también se persigue una intensidad emocional en determinadas relaciones privilegiadas como las de la pareja. Pero desde la dificultad para el reconocimiento de la alteridad, desde el enclaustramiento en el propio mundo de necesidades a satisfacer, se producen con demasiada frecuencia un tipo de relación en el se impone un vínculo de carácter fusional, simbiótico, debido a la urgencia que se experimenta en satisfacer la propia necesidad, sea de apego, de valoración, o de cualquier otro tipo. El resultado es que desde esa unión simbiótica falta la distancia necesaria para la captación de la alteridad. No es posible la "comunicación con el otro", el "proyecto con el otro". La frustración entonces sobreviene y con ella, fácilmente, la violencia.

La cosificación del vínculo.

El deseo tiende hoy, pues, a perderse en un laberinto de extravío, al que, por otra parte, la sociedad de consumo parece ofrecerle innumerables vías de distracción. Por ellas, desplazado hacia un mundo fetichista de objetos, el deseo se dispersa en un ansia de posesión, de acaparamiento y acumulación en el que pretende satisfacer lo que el mundo de relaciones interpersonales no encuentra. Se abre así una corriente de voracidad regresiva, en la que el mundo y los otros son concebidos como una especie de pecho nutricional, obligado a proporcionar alimento y satisfacción permanente.

El deseo enloquece así en una dinámica de insatisfacción constante. Desde la negativa a reconocer el límite, siempre hay un algo más que la sociedad parece querer mostrarnos para que nuestra necesidad se multiplique al ritmo de sus intereses de producción y consumo. Nunca el automóvil que tenemos será el mejor, nunca nuestro ordenador tendrá las prestaciones que nos harían más eficientes, nunca la casa que habitamos tendrá las comodidades que nos proporcionen una suficiente calidad de vida, nunca la ropa que vestimos estará a la altura del status social que pretendemos mostrar de un modo un tanto exhibicionista ante los otros.

Recogiendo de nuevo ideas de Pascal Bruckner, el supermercado se ha venido a convertir en nuestra representación del "jardín de las delicias". Ni el Bosco lo hubiera imaginado con tal profusión de elementos y fantasía. Torrentes de luz, kilómetros de anaqueles, colorido infinito: es la victoria de la ciudad capitalista sobre la escasez. No se puede abarcar el conjunto de manjares y bienes. Ser consumidor significa saber que en los escaparates siempre hay más de lo que uno se puede llevar. Un pecho nutricional inmenso, desbordante, inabarcable. Podemos encontrar allí una botella de whisky al coste de más de cuatro mil euros. Es probable que nadie la compre. Pero quizás eso no sea lo más importante. Lo que importa es mostrar que allí existe todo y más de lo que podemos desear. Por eso, a veces se va al centro comercial no para comprar, sino para constatar que todo está al alcance de la mano o que siempre habrá incluso más de lo que hoy podemos conseguir. De ese modo, lo posible se vuelve deseable y lo deseable acaba convirtiéndose en necesario. El deseo se pervierte así en un maléfico desplazamiento hacia la posesividad material, desencadenando una dinámica auténticamente perversa.

En esta situación global, el dinero se vuelve el gran fetiche del deseo. Porque en él se encuentra siempre implicada una "cuestión de amor". Amor perverso, porque ya no se trata ya de "tener algo", sino de "tenerse a sí mismo", en una dinámica de orientación marcadamente centrípeta. Se trata de encerrarse sobre sí, en una totalidad que quiere negar su referencia al exterior.

La dinámica económica de nuestros días ha de ser tenida muy en cuenta a la hora de comprender las vías por las que circulan muchos ramales del árbol de nuestro deseo. De hecho, ella juega como propulsora de las vertientes más regresivas, anales en términos psicoanalíticos, de dichos comportamientos con relación al dinero. Por ello, se podría afirmar con Otto Fenichel, que es más bien la función real del dinero lo que viene a influir y a condicionar el erotismo perverso en la relación con él; pues las condiciones sociales vienen a ser las que determinan en gran medida el alcance e incluso la intensidad de las tendencias pulsionales de retención. Las pulsiones infantiles se transforman en un deseo de alcanzar riqueza solamente bajo la existencia de condiciones sociales específicas.

A todo este propósito, merece la pena recordar también los análisis realizados por E. Fromm, poniendo de relieve la profunda alienación humana que se produce desde los modos occidentales de consumo. Consumir ha dejado de ser una experiencia significativa, humana, para convertirse en un modo de satisfacer fantasías artificialmente estimuladas, fantasías que en realidad son ajenas a nuestro ser real y concreto. Comemos y bebemos las fantasías que nos suministra la propaganda. Consumir se ha hecho de este modo un fin en sí mismo; un fin, por lo demás, de carácter claramente compulsivo e irracional y con el que el "ser" queda sustituido por el "tener", hasta el punto de que en la sociedad actual se puede llegar a la identificación perversa según la cual

el sujeto podría afirmar con verdad: yo soy lo que consumo. Y desde ser esencialmente un consumidor, la relación interpersonal queda marcada también por ese dinamismo perverso.

La razón instrumental: su determinación en las relaciones vinculares.

Todo este estado de cosas posee, por lo demás, un efecto de primer orden en la formación de los vínculos interpersonales. Desde la impregnación de la mentalidad del consumo, del usar y tirar, se derivan unos modos también de pensarse y de establecerse la relación personal. Es lo que de modo atinado nos ha hecho pensar la escuela de Frankfurt en sus consideraciones sobre la razón instrumental. De alguna manera, el modo que tenemos de relacionarnos con las cosas determina los modos en los que establecemos la relación con los otros.

Como Adorno y Horkheimer nos han hecho ver, la misma civilización que, en la modernidad, favoreció la emergencia del individuo, es la que posteriormente parece empeñada de su degradación y decadencia. La máquina ha prescindido del piloto; camina ciegamente por el espacio a toda velocidad. La razón se ha vuelto irracional y tonta, reducida y seriamente mutilada, no duda en enfatizar Max Horkheimer. Es el ingeniero el símbolo de esta época y la actividad industrial ha quedado divinizada. Todo lo cual conduce a un proceso imparabile de instrumentalización: Los avances en el ámbito de los medios técnicos se ven acompañados de un proceso de deshumanización. El progreso amenaza con destruir el objetivo que estaba llamado a realizar: la idea del hombre. Nuestra mentalidad va creciendo así en una dimensión de dominio y utilización que comienza en el afán de dominar la naturaleza, pero que, desde ahí, lo contamina todo, alcanzando también el empeño en dominar, instrumentalizar al propio ser humano, sometiéndolo a una progresiva cosificación en su misma adaptación a una sociedad cosificada. El individuo, reducido a la condición de masa, queda neutralizado, manipulado.

El progreso, (escribe Adorno en una página admirable titulada Aislamiento por comunicación) separa literalmente a los hombres. Los tabiques y subdivisiones en oficinas y bancos permitían al empleado charlar con el colega y hacerle partícipe de modestos secretos; las paredes de vidrio de las modernas oficinas, las salas enormes en las que innumerables empleados están juntos y son vigilados fácilmente por el público y por los jefes no consienten ya conversaciones o idilios privados... Los trabajadores están aislados en el colectivo. Pero el medio de comunicación separa a los hombres también físicamente. El coche ha ocupado el lugar del tren... Los hombres viajan, rigurosamente aislados los unos de los otros, sobre círculos de goma...Y cuando en los fines de semana o en los viajes se encuentran en los hoteles, cuyos menús y cuyas habitaciones son -dentro de un mismo nivel de precios- perfectamente idénticos, los visitantes descubren que, conforme ha crecido su aislamiento, han llegado

a asemejarse cada vez más. La comunicación procede a igualar a los hombres mediante su aislamiento.

Una situación, aparentemente anecdótica, puede ilustrar la cosificación de los vínculos que se imponen desde la infancia en nuestra sociedad consumista. Una niña pequeña agarra de la mano al amigo de sus padres, que les visita por primera vez, y lo conduce con entusiasmo a su habitación para mostrarle sus juguetes. En aquel espacio infantil no caben ya más muñecas. El visitante, pregunta entonces el nombre de esa muñequita particular que ella ha elegido para mostrársela con ilusión. Desconcertada y como saliendo de una situación de apuro, responde que se llama "muñeca". Su hermanito entonces, que pretende también ganarse al visitante, lo conduce a su habitación igualmente invadida de juguetes, en su mayoría coches. Al responder cuál es su preferido, toma uno al azar, sin fijarse en cuál de ellos, porque en ese momento solo tiene ojos para su interlocutor, y dice: "este".

La muñeca no tiene nombre. Se llama "muñeca". Como cualquier otra de las que llenan su habitación o los escaparates del centro comercial. No se ha creado en su imaginario un lazo afectivo singular con ese objeto que, como todo juguete, se presta a condensar la fantasía y el afecto infantil. El coche, igualmente, puede ser sustituido por un otro cualquiera. No es ese que se ve "animado" por la proyección de un mundo interno y con el que se establece, por tanto, un vínculo especial. Ciertamente, la niña de hace cuarenta años, que tenía tan sólo una o dos muñecas, o el chaval que disponía tan solo de unos cuantos coches, podría establecer con ellos una vinculación que parece revelarse imposible cuando el consumo de objetos nos invade con una velocidad que llega a recordarnos las situaciones del "teatro del absurdo" de Ionesco; aquellas en las que la materia crecía de modo incontrolado, desalojando a los sujetos de sus propios espacios íntimos. Sin duda, que desde esas primeras relaciones objetales con las cosas que se manifiesta en esos niños, las relaciones objetales con las personas pierden también buena parte de su posible intensidad vincular.

El otro no pasa, en muchas situaciones cada vez más "admitidas" socialmente, en ser un objeto manipulable, como un producto más del mercado. Desde la mentalidad de consumo a la que antes nos referíamos, el entramado de relaciones interpersonales se ve directamente afectado. Una mentalidad utilitarista y descomprometida se impone, evitando compromisos mayores en las vinculaciones con los otros. La mentalidad consumista de "usar y tirar" impregna los modos de relación, que se hacen cada vez más fáciles, más numerosos y, cada vez también, más superficiales.

Significativo a este respecto, es lo que hace algún tiempo leíamos en una entrevista a Juan José Ballesta, el chaval de doce años que protagonizó la película "El Bola" de Acero Mañas. A la pregunta de si tenía en la vida real

amigos tan estupendos como en la película, el muchacho respondía: No tengo amigos. No me gusta. Lo digo también en la película. Lo que tengo son conocidos, en mi barrio y en todas partes. Les llamo amigos pero, en realidad, no les tomo como amigos, confío en ellos...Es un poco triste eso de no tener amigos, le comenta el periodista. A ello el chaval responde. A mi me gusta cambiar. Un día me voy con los de mi barrio, otro día con los del barrio de mi abuela...Es mejor. Les veo un día y no vuelvo a verlos hasta muy tarde. Nunca estoy con los mismos porque no son mis amigos, son conocidos con los que juego a los cromos, a las cartas, a los montones...Me lo paso muy bien con ellos, me río, me divierto, pero no son mis amigos. Es un niño de doce años quien así habla. Pero, sin duda, es el altavoz de una sociedad que lo promete todo y no compromete a nada.

Vivimos así, cada vez más, en una sociedad de "zapping" a todos los niveles. Con toda facilidad, como con el mando a distancia del televisor, cambiamos y alternamos gustos, preferencias, opciones, que cada vez se hacen más rápidas, más cambiantes y que, por eso mismo también nos van convirtiendo en seres cada vez más inestables y aturdidos. Todo ello con una indudable repercusión en el establecimiento de vínculos sólidos y perdurables.

Cada vez, en efecto, se hacen más evidentes las dificultades para establecer unas decisiones personales que entrañen un compromiso, una vinculación fuerte que aspire a mantenerse con carácter de definitividad. Resulta enormemente significativo a todo este respecto, fenómenos de hoy como los llamados por algunos "separaciones por nada". Así lo expresaba una paciente en proceso de psicoterapia. Se quejaba de la situación terriblemente conflictiva con la que estaba viviendo su separación matrimonial. Y la contrastaba con este tipo nuevo de separaciones que está teniendo lugar y que, justamente, pueden ser llamadas "separaciones por nada". Es decir, separaciones que se llevan a cabo, no en razón de una incompatibilidad, de un conflicto de celos o de infidelidad, de un cambio profundo en la dinámica personal de uno de sus miembros, etc. No. En estos casos la separación se lleva a cabo porque sí. En realidad, por nada. O quizás, más profundamente, por la imposibilidad de sostener un compromiso con la alteridad que el otro representa.

Algo que parece estar teniendo lugar también en los ámbitos de la vida religiosa. Del mismo modo que hay separaciones "por nada", parece estar dándose también el caso de salidas de la vida religiosa "por nada". En un caso reciente, la razón en el fondo más decisiva para justificar la ruptura del compromiso religioso se expresaba con un "ufff" que acompañaba a la idea de pensar una vida entera en el mismo régimen en el que se vivía desde hacía unos años. Régimen, es importante señalarlo, en el que no se daba ninguna situación conflictiva especial, ni en el ámbito de fe, ni en el de la observancia de los votos, ni en el de la comunidad o la congregación religiosa en cuanto tal. Tan sólo que cuando todo ello se entreveía como

situación comprometida de por vida, generaba una especie de espanto, expresado en ese significativo "ufff", que ilustra perfectamente la situación global que vivimos de alergia a cualquier tipo serio de compromiso, sobre todo cuando éste tiene un carácter de definitividad. El individuo que, como bien sabemos, se va constituyendo en buena medida a través de las decisiones y compromisos (con sus ineludibles renunciaciones) que va adquiriendo en el transcurso de la vida, corre así peligro de verse casi diluido en los avatares de un acontecer sin decisiones, opciones comprometidas ni riesgos.

Vínculo.com

Y pasamos así, a considerar un apartado específico sobre esos nuevos modos de vinculación que cobran tan singular importancia en nuestros días: el de los medios virtuales e informáticos. Sin duda, que estamos asistiendo a toda una revolución en el campo de los contactos interpersonales a partir de estas recientes innovaciones tecnológicas. Y sin duda, también, el extraer conclusiones generales sobre un campo tan sumamente complejo constituiría una ligereza o una temeridad. De ahí, que el presente apartado se limite tan solo a ofrecer unos apuntes y reflexiones sobre algunas peculiaridades de estas nuevas modalidades de vinculación interpersonal.

Como afirma Joan Coderch, las nuevas tecnologías de la comunicación dan lugar a la creación de espacios virtuales, en los que muchas personas viven con más intensidad que en su propio espacio real. Ello comporta una serie de consecuencias en el self, en la constitución de la identidad y de la subjetividad. La vida moderna tiene lugar en una medida cada vez más importante dentro de un mundo imaginario.

El fenómeno del "Chat" es particularmente representativo de estas nuevas modalidades de relación y contacto que hoy se establecen. Un modo que nos permite acercarnos y entrar en relación, apenas sin esfuerzo, desde nuestro despacho o nuestro hogar, con personas muy alejadas de nuestro entorno social y cultural y con posibilidades inusitadas de desplegar con ellas todo un mundo imaginario de fantasías. El usuario del "Chat" puede, en efecto, ofrecer al otro una a la medida de su fantasía, construyendo y reconstruyendo nuevos "yo" en su interacción con el otro.

El fenómeno, cobra dimensiones muy considerables. Según un estudio reciente un 17% de internautas españoles tiene una pareja que conoció en internet y alrededor de medio millón de españoles han tenido alguna vez relación sexual con personas a las que encontraron a través de la Red. Son cada vez más los "foros" que se crean por esta vía en torno a intereses profesionales y, sobre todo, interpersonales.

Las variedades de vinculación que se establecen por estos medios pueden ser numerosas, dependiendo de las diversas dinámicas personales que

entran en relación, así como de los diversos métodos utilizados para el encuentro. El medio, como sabemos, puede ser meramente escrito o icónico (mediante las web-cam), mientras no se hagan realidad otras modalidades, que ya se ensayan, con sensores y efectores sobre las zonas erógenas del cuerpo. En cualquier caso, son encuentros que se llevan a cabo sin la presencia física del otro y que, por ello mismo, parecen reducir de modo importante las defensas e inhibiciones, a veces muy saludables, que ponemos en funcionamiento cuando tenemos a la persona presente. Es comprobable, incluso, que personas que mantienen en la realidad material una larga relación varían de modo notable en su comportamiento y actitud cuando se relacionan entre ellas de un modo virtual: las manifestaciones directas de sentimientos positivos u hostiles parecen verse facilitadas desde la "distancia" de lo virtual.

En cualquier caso, nos encontramos con una nueva modalidad de encuentro y relación que, sin duda, afecta de modo importante las dinámicas vinculares de nuestro mundo. La evaluación psicodiagnóstica de esas nuevas modalidades constituye un asunto más problemático, viéndonos obligados por el momento a permanecer en una simple constatación de algunos hechos básicos que condicionan estas particulares formaciones vinculares.

Sin duda que un elemento importante a destacar radica en el hecho de que la relación que se establece con el otro en su ausencia física (sobre todo en la modalidad escritural de "Chat", que es la que muchos prefieren), favorece el desarrollo de todo tipo de fantasía sobre el interlocutor virtual, hasta el punto de que, en muchos casos al menos, sea obligado interrogarse sobre si se está estableciendo una relación con un otro o si ese otro es tan solo el soporte para intentar satisfacer las propias fantasías incumplidas. Con frecuencia, sabemos, que un encuentro real posterior al virtual, deshace y derrumba en los primeros instantes toda la construcción imaginaria que se había elaborado a partir del encuentro en el "Chat" o mediante el correo electrónico.

Por otra parte, el carácter descomprometido que posee estos tipos de contactos personales lo convierten en sumamente frágiles y superficiales. El sujeto oculto tras su "alias" o "nick" (que la mayoría de las veces revela fantasías significativas de su imaginario) no se siente comprometido con aquello que dice y con los sentimientos que expresa. Al mismo tiempo, puede mantener o interrumpir el contacto con una facilidad inusitada en otros tipos de relación. De modo que se podría afirmar que nunca se dio tanta posibilidad abierta para elegir con quien comunicarse y nunca más facilidad para hacerlo de modo más descomprometido. Nos encontramos aquí, sin duda, con un elemento que puede ejemplificar muy bien ese carácter "zapping" de nuestra sociedad, en la que todo se consume y muy poco se metaboliza convenientemente.

Por otra parte, esas características de anonimato, inmediatez y atemporalidad que caracterizan a muchos de estos nuevos modos de contactos crean una especie de neo-realidad que fácilmente vienen a favorecer una aspiración primitiva de contacto, que suprimiendo la distancia y la diferencia y difuminando así la alteridad, cree encontrar un lazo con el objeto primario en un bucle narcisista peligroso. Desde ahí, es comprensible el fenómeno creciente de adicción que en muchos sujetos se está creando en torno a los mismos. Una adicción y dependencia que acaba encapsulando a estas personas en unos vinculaciones esencialmente imaginarias, marginándolos progresivamente de todo encuentro y relación interpersonal ajenos a la Red. La sustitución de las tradicionales tertulias en los bares y cafeterías, por los ciber-café, en los que encontramos un gran número de sujetos sentados unos junto a otros, pero cada cual enfrascado en su "vínculo.com", podría representar gráficamente este nuevo estado de cosas.

No podemos dudar de las ventajas que todos estos nuevos medios de comunicación nos ofrecen. Ni podemos dudar de que los "vínculos.com" pueden favorecer y agrandar de modo considerable las posibilidades existentes de encuentro, vínculos y comunicación, potencialmente muy enriquecedores. Podemos llegar adonde hace años, ni soñábamos. Podemos contactar con sujetos que de otra manera jamás hubiéramos podido llegar a conocer o podemos también mantener un contacto y una comunicación frecuente con personas que, en otras circunstancias, hubieran ido desdibujándose de nuestros horizontes, debido a la distancia y al tiempo que esa distancia imponía para la comunicación.

Pero quizás es verdad también que las capacidades de relación son, como todo en el ser humano, limitadas. Y esta extensión que se nos ofrece para el establecimiento y desarrollo de contactos, probablemente tiene también un precio: el de la reducción de la intensidad y compromiso vinculares que establecemos. No disponemos de suficiente capacidad para metabolizar todo el cúmulo de información y novedad que nos llega a partir de las nuevas innovaciones de la cibernética. El correo electrónico, por ejemplo, abre el campo vincular a unos horizontes de amplitud insospechada hasta hace poco tiempo. Pero es posible también que contribuyan a fragilizar los vínculos que mediante ellos adoptamos. Es demasiado fácil. Respondemos o escribimos "al paso", sin la concentración, la dedicación y el esfuerzo que exigían los antiguos medios del correo postal y que nos hace incorporar lo que estamos haciendo como vinculación con el otro.

Un apartado especial requeriría el análisis del llamado "Ciber-sexo" como fenómeno nuevo que adquiere dimensiones insospechadas. A través de él se está produciendo, sin duda, toda una importante transformación de conductas sexuales en nuestra sociedad. En ellas, el anonimato juega como un elemento decisivo. El sujeto, a través del ciber-sexo, en su casa, en la oficina mismo, puede erotizar una relación sin exponerse a ser identificado como podía serlo entrando en un cine porno o en una sex-

shop. En esa situación, todo tipo de sexualidad abre el campo sin el menor riesgo de darse a conocer. De ahí, que la Red ofrezca, como sabemos, campos específicos para la búsqueda de todo tipo de tendencia, gusto, o parafilia. A través de ellas, los sujetos experimentan por lo general una sexualidad recluida en el campo de lo puramente imaginario, pudiendo muy bien llegar a verse anclados en una sexualidad de tipo casi exclusivamente masturbatorio. El tema de la infidelidad "virtual", por otra parte, está ya también puesto sobre el tapete como objeto de debate y análisis, dado que al engaño amoroso se le ha abierto una vía muy poderosa y absolutamente nueva y que, al parecer, se va viendo progresivamente transitada. Sin duda, como afirma R. Gubern, Internet ha puesto de relieve una realidad social que antes se ignoraba y desconocía: que existen muchas personas solas, frustradas con deseos insatisfechos. Otra cuestión es saludar el advenimiento de estas nuevas posibilidades de sexualidad como hace, de modo bastante acrítico, el mismo R. Gubern.

Predominancias psicopatológicas.

Parece evidente que una sociedad en la que se desvanecen de modo importante los proyectos históricos colectivos, en la que se produce una glorificación de la individualidad con una paralela exaltación del narcisismo y que propulsa unas actitudes cosificadoras de la relación interpersonal, dejara ver también en sus tendencias psicopatológicas tal estado de cosas. La difuminación de la alteridad, no puede dejar de tener efectos sobre la salud del sujeto, si es verdad, como creo que lo es, la afirmación freudiana de que un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar.

Se propician algunas modalidades de patologías mentales (como en otros tiempos se propiciaron otras diferentes y hoy más escasas) condicionadas desde el estado psíquico general que se alienta en nuestra cultura posmoderna. Patologías que dejan ver, en efecto, la predominancia de las dimensiones narcisistas y el detrimento que conllevan en la percepción y valoración de la alteridad. Jordi Font las recoge atinadamente en su trabajo *El malestar en les societats del benestar*.

Entre estas patologías más fácilmente propiciadas hoy día tendríamos que destacar: Los "estados límites" ("borderline"), la "organización narcisista de la personalidad", la "anorexia mental" y "bulimia", así como diferentes formas de "depresión". De ellas, las dos primeras patologías, sobresalen por el papel que la dimensión narcisista juega en su dinámica y desarrollo y manifiestan de modo dramático la especial dificultad para establecimiento de vínculos con la alteridad. Sin que podamos olvidar que en algunas modalidades de depresión se deja ver también el trasfondo narcisista, tampoco ausente en los trastornos hipocondriacos y de otras formas de somatizaciones. Pero vengamos a los dos primeros que de

modo especial parecen dejar traslucir las dinámicas sociales en las que nos desenvolvemos.

En los "estados límites", en efecto, sabemos que entre sus rasgos fundamentales destacan la dificultad para el establecimiento de relaciones personales íntimas ni con otros ni consigo mismo, sin que ello dificulte, no obstante, el mantenimiento de amplias relaciones sociales. Paralelamente, a la dificultad de vinculación interpersonal íntima, se incrementa la facilidad para el establecimiento de relaciones con animales de todo tipo y con objetos como plantas, piezas de arte, etc. Igualmente, se deja ver la especial dificultad para el compromiso y fidelidad a los lazos que establecen: los cambios de ocupación, de vivienda, de pareja o de roles sociales, ilustran desde esta vertiente clínica, la dificultad social que hoy experimentamos para el mantenimiento de compromisos estables. Por otra parte, esta dificultad para el establecimiento de vinculaciones profundas se manifiesta también en un tipo de afectividad que se podría calificar de hipoestésica o anestésica, con una particular dificultad para sentirse afectado por los impactos negativos, por las desgracias físicas o morales de los otros. Y si no existe vinculación íntima, difícilmente se podrán experimentar sentimientos de culpabilidad. La dimensión errática del deseo, encuentra también aquí su manifestación, en las explosiones afectivas y emocionales que de modo imprevisibles se pueden presentar, así como en la resolución de la conflictividad mediante actuaciones patológicas ("acting out") que, fácilmente también, pueden poseer una carácter antisocial y psicopático.

Sin duda, resulta sintomático el hecho constatado por algunos abogados criminalistas del aumento de homicidios en los que no se dejan ver móviles claros y definidos. Sencillamente el otro ha podido "estorbar" en un momento determinado. Nada más que eso, pero nada menos para un Yo inflado que no está dispuesto a reconocer ningún tipo de límites ni estorbos. En definitiva, en estas situaciones de trastornos límites o "borderline", nos encontramos con sujetos que son como niños grandes y mal criados que, o bien, provienen de ambientes no acogedores o, por el contrario, de ambientes de sobreprotección y mimo que dificultaron la necesaria tolerancia a la frustración en los primeros estadios de la vida.

En el segundo tipo de patología, el de la "organización narcisista de la personalidad", nos encontramos con sujetos que tienen en su propio Yo, en su bienestar físico y emocional, su preocupación central y casi única. Todos los aspectos sociales y públicos, cualquier modalidad de alteridad, no cuenta para él. Su Yo se muestra establemente apático e indiferente respecto a todo lo que sea su propia realidad personal. Si tiene que adoptar una decisión en el terreno socio-político mantendrá como criterio exclusivo lo que esa decisión (por ejemplo, a la hora de ejercitar su derecho al voto) le puede reportar de beneficio o perjuicio. La noción de bien común no tiene ningún sentido para este tipo de personalidad, que pueden actuar con toda suerte de maquiavelismo e, incluso, de

manipulación de los otros en su propio beneficio. El exhibicionismo impúdico de su propia realidad y la necesidad de aclamación y aprecio se impone como motivación central de su dinámica personal. Es el suministro que necesitan para mantener una imagen distorsionada de sí, en una inflación de autoestima y sentimiento de superioridad.

Encontramos, pues, un manifiesto auge de patologías específicas que manifiestan una dinámica social en la que la alteridad parece quedar difuminada, restando con ello posibilidades decisivas para la maduración del mundo afectivo humano que -como bien sabemos- tan sólo en la superación del narcisismo infantil encuentra una vía para su mejor desarrollo y expansión.

Interrogando a la experiencia religiosa.

Lo que estas dificultades para el acceso al otro puedan significar de cara a la percepción, conciencia y vinculación con esa otra Alteridad que es la de Dios, es tarea que dejaremos en las manos más expertas de los teólogos. Pero, desde esta conciencia de las dificultades específicas para la percepción y vinculación con el otro en nuestros días, surgen una serie de interrogantes que conciernen a la experiencia religiosa. Al menos, algunos de estos interrogantes quieren ser aquí planteados.

La flotación narcisista de nuestros días a la que se ha hecho mención en las páginas anteriores obliga a interrogarse por el peso que en determinadas corrientes de la espiritualidad actual están teniendo las propuestas de alcanzar la unión con Dios a través del desarrollo de la autoestima, del auto-conocimiento personal o del encuentro con el "Yo profundo". Es ese el terreno desde el que determinadas concepciones de la espiritualidad proponen experimentar el contacto con lo sagrado. Se pretende establecer un puente entre el amor a sí mismo y el encuentro con Dios en la profundidad de la propia realidad psíquica. Y no se duda en ofrecer una serie de estrategias para trabajar la autoestima como puente hacia ese Yo profundo, desde el que, a su vez, se accedería a las "Experiencias-cumbre" descritas por A. Maslow, es decir, experiencias que trascienden al sujeto situándolo en un tipo de vivencia mística.

En esta misma dirección, en la que se hace evidente una muy cuestionable psicologización de la vida espiritual, cabe interrogarse también por el impacto que en los ámbitos religiosos está teniendo la denominada psicología "Transpersonal", con la que asistimos a un proceso en el que psicología de la mística pasa a convertirse en una cuestionable mística de la psicología. En ella se pretende acceder a una alteridad intrapersonal; es decir, a la trascendencia de los límites comunes de la personalidad para acceder a experiencias espirituales, místicas, religiosas, ocultas, mágicas o paranormales.

Este fácil acceso a una pretendida alteridad interior contrasta, sin duda, con los procesos descritos por los grandes místicos en los que el encuentro con la alteridad de Dios no fue precisamente por el desarrollo de la autoestima. Más bien, el itinerario que nos señalaron fue el de una progresiva desposesión de sí y un difícil y penoso proceso de despojo y progresivo desnudamiento de su propia realidad.

Y es aquí donde cobra especial sentido la permanente y, a veces, machacona insistencia de los místicos en la humildad, en el rechazo de cualquier forma de orgullo o de vano honor. La humildad para el místico, no significa sino la aniquilación del narcisismo que impide la manifestación del Otro. Pues mientras exista un resto de fascinación imaginaria y especular con la propia imagen, el Otro no puede llegar a manifestarse en plenitud. La propia imagen se interpondrá como una sombra que obstaculiza la percepción de la alteridad, como una espesa niebla que se obstaculiza la manifestación del Otro. Por eso, para el místico, la humildad se convierte también en el criterio más fiable y seguro de que la experiencia de Dios no es una pura proyección imaginaria e inflada del propio yo. Si hay humildad -llegó a decir Teresa de Ávila- no habrá daño aunque una inspiración venga del demonio. Si no la hay, daño habrá aunque sea de Dios .

Si el proceso de percepción del otro y de vinculación con la alteridad constituye uno de los retos más difíciles en la maduración del sujeto, no cabe duda que, en el campo de la experiencia religiosa, esa pretensión de encuentro con una alteridad que sobrepasa y trasciende la realidad física y material en la que se efectúa todo encuentro humano presenta unas dificultades muy particulares. Aquí sí que nos encontramos con la pretensión de un encuentro radicalmente "virtual", en el que la tentación de proyectar todo un mundo de fantasías inconscientes es muy importante. El bucle narcisista puede encontrar en este tipo de experiencia todo tipo de facilidad. Venimos así a toda esa extensa problemática sobre el engaño en la vida de oración abordada, desde antes de la psicología contemporánea, por todos los grandes maestros de la espiritualidad. No es momento para detenerse en ella.

Pero tan sólo para terminar habría que tener en consideración un dato central de la fe cristiana: nuestro Dios se ha "corporeizado". El objeto de nuestra vinculación religiosa, tal como acaece con los que encontramos al nacer y con los que se desarrolla todo nuestro aprendizaje de vinculación interpersonal, posee también un perfil, un rostro humano. De ese modo puede liberarnos del enorme peligro que posee la experiencia religiosa de convertirse en un lugar privilegiado para el surgimiento de todo tipo de fantasías en las que la alteridad, aunque se piense lo contrario, puede quedar perfectamente difuminada y confundida con la propia realidad ignorada.

Es un Dios encarnado el de nuestra fe. Un Dios que sale al encuentro bajo los modos en los que los seres humanos pueden encontrarse. Y un Dios, además, que sale al paso para manifestarnos que Él mismo es también alguien que busca una alteridad, porque no es un Dios ensimismado, no es un absoluto impasible y encerrado en un "para sí", sino que, esencialmente, es (como también el misterio de la Trinidad nos pone de manifiesto) un Dios relación que busca, persigue y goza el encuentro con el otro.

La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo, Anagrama, Barcelona 1986.

Ib. 5-7.

La tentación de la inocencia , Anagrama, Barcelona 1996.

Ib. 32.

Ib. 42-43. En las páginas siguientes el autor emprende un magistral análisis crítico de la sociedad de consumo y de los medios de diversión que, como la televisión, fácilmente nos adormecen, entontecen e infantilizan a todos.

"Soy llamado; por eso existo" La responsabilidad como "hábito del corazón": Sal Terrae 83 (1995) 19-30.

Cf. Ch Taylor, Ética de la autenticidad, Paidós, Barcelona 1994.

Ib. 21.

Cf. J. L. T rechera, ¿Qué es el narcisismo?, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999; L. H ornstein, Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad, Paidós, Barcelona 2000.

J. M artínez H olgado, En el centro de la Burbuja. (En torno al narcisismo): Sal Terrae 77 (1989) 803-816.

G. Lipovetsky, Ib. 15.

Ib. 13-14.

Cf. AA.VV., Le désir et la perversion, Ed. du Seuil, Paris 1967.

Flammarion, Paris 1990; El sexo olvidado, Sal Terrae 1994.

Cf. S. F reud, Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, O.C., II, 1349- 1353.

La tentación de la inocencia, 82.

E. Fromm, Ser o tener, México 1978, 110.

Cf O. Fenichel, ib., 545. En línea parecida se inscriben las ideas de E. Fromm sobre el "carácter social" Cf A. Capparos, El carácter social según E. Fromm, Salamanca 1975.

Cf E. FROMM, Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, 113-118 y Ser o tener, 43 y 105-ss.

Cf. M. Horkheimer, Crítica de la razón instrumental, Trotta, Madrid 2002.

Cf. Horkheimer, Ib. Cap. 4 Ascenso y decadencia del individuo, 143- 168.

Ib. 43.

M. Horkheimer - TH. Adorno, Dialéctica de la ilustración, Trotta, Madrid 1994, 265.

Suplemento dominical El Semanal, 683, 26 de noviembre de 2000, 18-19. A este caso, casi como a determinadas ideas que siguen me referí en el libro Los registros del deseo, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001.

Cf. F. J. Valiente, Internet: un mundo de relaciones: Misión Joven XLIV (2004) 25-31.

La relación paciente-terapeuta, Fundació Vidal i Barraquer-Paidós, Barcelona 2001, 45-47.

Un conjunto de reflexiones psicoanalíticas de interés sobre el fenómeno Internet lo encontramos en: L. Le Vagueresse, Psicoanálisis y cuerpo en su encuentro con Internet: Clínica y análisis grupal 26 (2004) 187-205.

Cf. a este propósito R. Gubern, El Eros electrónico, Taurus, Barcelona 2000.

Cf. G. Nardone- F. Cagnoni, Perversiones en la Red, RBA, Barcelona 2003.

Estudio realizado por ya.com. Cf. El País, 16 de mayo de 2004, 34.

En este sentido se expresa el interesante estudio de M. Vautherin-Estrade, Courriers cybernétiques: un jeu ambigu?: Revue Française de Psychanalyse LXVIII (Mai 2004) 581-589.

Cf. T. Cantelmit - M. Talli - C. Del Miglio - A. A'Andrea, La mente in Internet. Psicopatologia delle condotte on-line, Piccin, Padova 2000.

Introducción al narcisismo, 1914, O.C., 2024.

Quaderns Fundació Joan Maragall 46 (1999) 20-33.

En esta línea abundan las publicaciones hoy día. Cfr., v.gr.,
Monbourquette, J., De la autoestima a la estima del Yo Profundo. De la
psicología a la espiritualidad, Sal Terrae, Santander 2004

Cfr. Monbourquette, j. - ladoucer, m. - d'aspremont, i., Estrategias para
desarrollar la autoestima y la estima del Yo profundo, Sal Terrae,
Santander 2004.

Cf. S. G rof, Psicología Transpersonal, Kairós, Barcelona 1988.

Citado por St. Clissold, La sabiduría de los místicos españoles, Lidium,
Buenos Aires 1977, 48.

Sobre estas cuestiones me detuve en algunos trabajos anteriores: Orar
después de Freud, Sal Terrae/Fe y secularidad, Santander-Madrid 1994;
Experiencia mística y psicoanálisis, Fe y Secularidad-Sal Terrae, Madrid-
Santander 1999; Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos, Mensajero-
Sal Terrae, Bilbao-Santander 2003.

© AIEMPR.org